

CAPÍTULO 1

Salvar el universo merecía una recompensa mejor que acabar vendiendo dientes autoajustables. Esa era la opinión de Lérad, y también la mía. Pero no la de Doralus, ni la de aquel burócrata del demonio llamado Reiken. Después de regresar a nuestro propio tiempo reclamamos los quinientos mil argentales que nos correspondían a cada uno. Reiken había esperado en secreto que no regresásemos jamás, y desde luego, se había gastado hace tiempo nuestro millón en atenciones propias. Cuando nos vio aparecer en su despacho se quedó con la boca entreabierta, desconcertado. Pero los engranajes de su burocrática mente estaban bien engrasados y pronto entraron en acción.

—En efecto, tenéis derecho a la recompensa —dijo—. Pero según vuestro contrato, los honorarios se reducirían a la tercera parte si *Euclides* sufría algún daño.

—¿Qué contrato? —exclamó Lérad—. Nosotros no firmamos nada.

—La aceptación de la misión implicaba automáticamente la de todas las cláusulas del acuerdo —Reiken sacó de un portafolios un papel impreso en caracteres diminutos—. La firma no era necesaria. Es lo que llamamos contratos de adhesión por hecho concluyente.

—Déjese de palabrería y...

—Aún no he terminado —Reiken sonreía abiertamente, agitando el papel al aire—. El caso es que *Euclides* no ha sido recuperado. Según nos informó el delegado de La Eternidad, la astronave fue capturada por una raza alienígena, sufriendo un destino incierto. De acuerdo con la cláusula séptima, eso significa la pérdida total de la recompensa.

—¡Canalla! —Lérad se abalanzó sobre él—. ¡Voy a matarle!

Reiken accionó una pantalla de fuerza, y Lérad rebotó contra la burbuja de energía que rodeaba su escritorio. El funcionario miró provocadoramente a mi socio, sabiéndose seguro desde su refugio.

—Pero no somos tan perversos como para eso. Habéis arriesgado vuestras vidas, y merecéis un premio. Aunque legalmente no estamos obligados a ello, que quede claro. El gobierno es generoso con quien lo merece.

Reiken sacó de un cajón del escritorio un talonario de cheques semirrígidos. Con un lápiz electrónico pulsó el casillero reservado a las cifras.

—Quince mil argentales cada uno, y libres de impuestos. Menudo pico, ¿eh?

En algún momento, Reiken tendría que desactivar la burbuja para hacernos entrega de los cheques. Lérad esperaba con ansiedad ese instante para estrangularle. Yo no iba a impedirselo.

—Transmitiré la orden de pago a vuestra cuenta personal —Reiken, intuyendo nuestros propósitos, no se arriesgó a bajar la burbuja, e introdujo los cheques en una rejilla del ordenador—. Habéis hecho un buen trabajo, chicos. Os felicito.

Dos guardias de seguridad nos acompañaron a la salida antes de que tuviésemos tiempo de replicarle.

Entre aquel encuentro y el día de hoy ha pasado ya un año. Las supernovas llevan todo este tiempo sin aparecer, aunque todavía no sabemos por qué. Tal vez nuestro regreso tranquilizó a los intercesores de Eldane, que dieron marcha atrás a su descabellado proyecto de trasvase de energía. Y todo por quince mil miserables argentales. No hay justicia.

Había soñado una vida opulenta al lado de Doralus, presidiendo alguna de sus intercompañías. Él me había prometido ser su enlace con la Confederación, pero sus promesas eran tan falsas como la palabra de Reiken. Añádase que Doralus guardaba rencor a Lérad por haberse colocado en el bando contrario durante la guerra en La Eternidad, cuando el triunvirato encabezado por el magnate desbancó del poder

al gobierno legítimo. Lérad había huido con las tropas de la resistencia a Lendabel, pero al final, los dos acabamos en una granja de reorientación para enfermos mentales, raspando excrementos del suelo. Nemail intercedió por nosotros y consiguió sacarnos de allí, en contra del parecer de su padre, al que no se le vio la menor intención de intervenir en nuestro favor.

Cuando La Eternidad irrumpió en el siglo XXV, Doralus decidió que no necesitaba intermediarios para negociar con la Confederación. Nemail, a título personal, nos consiguió un puesto en una empresa de alimentación de su padre, pero el trabajo burocrático no está hecho para nosotros. Mi relación con Nemail, por otra parte, fue enfriándose poco a poco. Ella estaba demasiado ocupada atendiendo los negocios de su progenitor, cada vez nos veíamos menos, en fin, creo que ella había dejado de encontrarme interesante. Después de aguantar dos meses despachando papeles en una triste oficina, mi socio y yo pensamos que nuestros traseros ya se habían acorchado bastante; así que, antes de arriesgarnos a que perdieesen toda su sensibilidad, recuperamos nuestro viejo carguero y volvimos a lo nuestro. A lo único que sabíamos hacer.

Una de las pocas promesas que Reiken cumplió fue reparar los motores de *Poderosa*. Si bien los mecánicos de la Confederación no se habían esmerado demasiado en los arreglos, la nave todavía podría aguantar unos años si no la sometíamos a muchos trotes. Huelga decir que éste era un deseo un tanto ilusorio.

Como decía al principio, haber salvado el universo no merecía que acabásemos vendiendo dientes autoajustables. El sector del transporte independiente está por los suelos, hay que aceptar cualquier encargo para poder sobrevivir. Por si fuese poco con eso, Mabe Godda, nuestro viejo enemigo, había intervenido para fastidiarnos el negocio. Ahora era un tipo muy poderoso. Si su fortuna ya era grande antes de que emprendiésemos nuestro viaje temporal, la aparición de Doralus y su tinglado futurista en el siglo XXV lo había convertido en un multimillonario podrido de dinero. No fue casualidad. Doralus era consciente de que Mabe Godda y Ludosens serían vitales para el desarrollo del imperio

financiero de la familia Doralus. Ayudando a sus antepasados, se estaba ayudando a sí mismo. Doralus no era tonto, sabía muy bien a qué personas debía acudir para unir sus fuerzas. Había formado un consorcio de empresas en las que además de las suyas entraban Ludosens, Danon Asociados y media docena de pequeñas industrias de escasa importancia, pero que el viejo deseaba ayudar por los mismos motivos que le habían movido a asociarse con Ludosens. Doralus invertía sobre seguro, no arriesgaba un argental en una empresa que fuese a irse a pique en un par de años; por cada diez pavos que invertía, recogería veinte veces más. Con estos antecedentes, no resulta extraño que Doralus y los que le rodeaban se transformasen en poco menos de un año en el primer consorcio industrial de la Confederación.

Desde luego, no todas las intercompañías resultaron favorecidas. Y aunque el gobierno no deseaba intervenir en los negocios de Doralus —debido a las generosísimas aportaciones subterráneas que obtenía, suficientes para comprar un planeta habitado sólo por políticos—, lo cierto fue que el presidente Zenia no pudo desoír las advertencias de influyentes sectores de la industria, que al finalizar la guerra de Telura le habían ayudado a alzarse con el poder y que ahora no podía abandonar a su suerte. Todo el mundo sabía que Doralus estaba practicando competencia desleal. No era lícito utilizar información acerca de acontecimientos que aún no habían sucedido para lucrarse en perjuicio de las demás empresas.

La irrupción de La Eternidad en el siglo XXV no fue un acontecimiento que afectara sólo a la especie humana. Drillines, arbineos, rudearios y narolianos también estaban interesados en controlar una información que abarcaba nada menos que cinco siglos en el futuro. Las repercusiones en la industria serían imprevisibles, y si bien era innegable que se producirían grandes avances técnicos, estos conocimientos podrían ser utilizados para el desarrollo de nuevas armas. A nadie le interesaba una escalada armamentista que consumiera los recursos de los gobiernos. Permitir que la información que atesoraba La Eternidad estuviese al alcance de los particulares significaría que cualquier industria podría fabricar armas de un

poder destructivo terrorífico. La conferencia de Flangaast volvió a reunir, y esta vez con carácter permanente, a los embajadores de las cinco potencias galácticas. La Eternidad quedaría bajo la jurisdicción de la conferencia, que se encargaría de dar a los bancos de datos el uso que estimase conveniente. En teoría, esta decisión abarcaba a Doralus como a cualquier otro empresario. Pero Doralus no fue tan estúpido para abandonar La Eternidad sin llevarse una copia de todo lo que le pudiese ser útil. En resumidas cuentas: la conferencia de Flangaast, al prohibir el acceso del sector privado a información del futuro, sólo sirvió para beneficiar a Doralus.

Las mismas intercompañías que ayudaron al presidente Zenia a subir al poder, ahora se sentían estafadas y le retiraban su apoyo. El gobierno de Dricon atravesaba por uno de sus momentos más críticos. Y en mitad de esta vorágine, había un hombre que aguardaba silenciosamente su momento. Un hombre que había traído la desgracia para muchas familias, y que sin embargo, volvía a resurgir como la mala hierba, dispuesto a desbancar al frágil y pusilánime Zenia.

Eos Biln.

Hacia diez meses que el ex presidente había salido de la cárcel. Un indulto concedido de mala gana por Zenia, presionado por su propio partido, consiguió que Biln pasase a la sombra tan sólo dos meses, durante los cuales disfrutó de todo tipo de lujos y comodidades. Este sujeto había anunciado su propósito de presentar su candidatura a las próximas elecciones presidenciales; y aunque cueste creerlo, no le faltaban partidarios. El hombre que había desatado una guerra fratricida en la Confederación tenía todavía la cara dura de decir que había sido víctima de una conspiración de generales corruptos, vendidos al poder de reaccionarios telurianos. Su discurso era el mismo de siempre, pero algo hacía pensar que Biln también estaba jugando sobre seguro; y por ello su victoria, si se producía, sería doblemente peligrosa.

Doralus había apostado por el ex presidente, y a tenor de la información que el magnate manejaba, debía tener motivos muy sólidos para apoyarle. Caso de que sus previsiones se cumplieran, Biln sería el próximo vencedor de las elecciones, un futuro demasiado inquietante para la humanidad. Gracias a

su alianza con Doralus, Eos Biln tenía acceso ilimitado a todo el dinero que le fuese necesario para catapultarse hacia la poltrona presidencial. Y una vez que se hubiese sentado en ella, iba a ser muy difícil lograr que la abandonase.

En medio de aquel aciago panorama, *Poderosa* se acercaba a Tirras para recoger dos toneladas de dientes autoajustables que deberíamos llevar al planeta Nalcros.

—El control de tráfico nos concede una ventana de descenso —dijo Lérad, estudiando el monitor de ruta con rostro preocupado—. Parece que se ha desatado una tormenta a veinte kilómetros del espaciopuerto. Esos imbéciles de Danon Asociados todavía son incapaces de hacer funcionar bien los inversores climáticos.

—En la última tormenta que presencié en Tirras llovió barro verde —recordé.

—Y bichos muertos de los pantanos que te ponen perdido. Las manchas no saltan aunque tengas la ropa en el microsónico una semana. Tendremos que darnos prisa.

Eal Brenian, nuestro contacto en Tirras, nos había conseguido aquel encargo tan inusual. Los dientes ajustables eran la solución definitiva a los dolores de muelas, si había que creer la propaganda del fabricante. Las piezas llevaban un pequeño taladro que perforaba de modo —supuestamente— indoloro la encía hasta anclarse en el hueso, y todo de forma automática. Su adherencia se completaba con una pasta especial que el tornillo liberaba cuando se anclaba al maxilar. El fabricante garantizaba que la pieza no volvería a moverse en la vida. El proceso automatizado abarataba mucho este tipo de operaciones.

Lo extraño de aquel transporte no eran los dientes, sino que Brenian nos hubiera facilitado el encargo. Por lo que sabíamos, el comercio de piezas dentarias autoajustables era un negocio completamente legal, y eso era lo insólito: que Brenian mediase en una operación legal, cuando nos constaba que tenía tanta aversión a las leyes como un cochino al jabón.

Mi socio es de los que opinan que las preguntas están de más en los tratos mercantiles. Si te ofrecen un encargo interesante, lo aceptas y punto. Esa es una filosofía que funciona en determinadas circunstancias, pero no en todas.

Muchos de mis compañeros de profesión la siguen sistemáticamente, algunos se han hecho ricos, otros han acabado en una prisión de Wonsa llena de hongos, y los más desdichados ya no tendrán que preocuparse jamás sobre cómo llegar a fin de mes. Claro que siempre se dice que el riesgo es la sal de la vida, pero una sucesión de platos demasiado sazonados pueden acabar con tu corazón. Y los platos que servía Brenian no solían ser precisamente dulces.

—¿No te parece alto el flete que hemos convenido con Brenian? —comenté—. Ciento ochenta mil argentales. Al cliente le saldría más barato si facturase la mercancía por una línea regular.

—Siempre estás igual —Lérad sacudió la cabeza—. Cuando nos pagan poco, protestas, y cuando nos pagan mucho, también. No hay quien te entienda. Ahora comprendo por qué te dejó Nemail —Lérad sonrió con perversidad. Sabía que cualquier alusión a aquella mujer era para mí una puñalada traperera—. Creo que discutirías hasta con un clon de ti mismo.

—Un clon de mí mismo tendría más juicio que tú.

—Pero se moriría de hambre. De nada le serviría su juicio si no puede comérselo.

—Mejor pasar un poco de hambre que morir de indigestión —observé, siguiendo con los símiles gastronómicos.

—Hablando de comida. Tengo ganas de llegar al Antro de Odi y atacarme de lo que sea. Incluso me comería esos platos de tripas especiadas que tanto te agradan.

—No hablarás en serio.

—Con un poco de suerte conseguiré que Brenian nos invite. El muy puerco está forrado. ¿Sabes que ha conseguido la distribución clandestina de semiconductores de kinodio a los rudearios? En una sola operación obtuvo medio millón limpio.

—La policía le acabará cogiendo. Su buena fortuna no le va a durar siempre.

—Llevas diciendo lo mismo desde que conocemos a Brenian, y de eso hace ya cinco años. A este paso, algún día lo

encontraremos dirigiendo alguna división comercial de Danon Asociados.

—No estaría mal, Lérad; así lograríamos que nos pagase lo que Danon nos debe del viaje a Diir.

Mi socio se frotó la barbilla, pensativo.

—Brenian mencionó que habían cambiado al delegado de la compañía. Mal asunto. Eso reduce nuestras posibilidades de cobro.

—¿Por qué? —me encogí de hombros—. Yo creo que con Toe Morisán fuera de Tirras, será más fácil que nos paguen.

—Recuerda que Toe nos contrató a título particular. Dejó bien claro que Danon Asociados no estaba mezclada en el asunto; o por lo menos, no oficialmente. Si es cierto que han cambiado de delegado, ya no querrán reconocer la deuda.

Morisán nos había engañado como a vulgares principiantes. Nos contrató para realizar un transporte de material militar durante el conflicto de Telura, haciéndonos creer que el pago del flete estaba garantizado por una aseguradora de prestigio que luego resultó ser una empresa fantasma, con un capital total de noventa argentales con cincuenta. Nuestros intentos de cobrarle a Morisán a través del servicio jurídico del sindicato habían sido infructuosos. Agarrar a Morisán era como intentar coger a un esturión alado en los rápidos de Tyriun.

Cuando llegamos al espaciopuerto de Tirras, el parte meteorológico preveía una furiosa lluvia de barro verde sobre la ciudad dentro de dos horas, cincuenta y cuatro minutos y doce segundos. Yo no me dejaba impresionar por este tipo de pronósticos pretendidamente exactos. Los meteorólogos de Tirras se equivocan tanto como los de cualquier otro planeta de la Unión. Al final, o la tormenta no pasaba de una pequeña llovizna, o se desataba una hora más tarde de lo pronosticado, o bien caían excrementos de grajos rodilos en lugar de barro.

Por si acaso, en lugar de ir a pie cogimos un aerotaxi y nos trasladamos al Antro de Odi.

Eal Brenian estaba sentado en una mesa del fondo, sumido en una protectora penumbra. Tenía entre las manos un

par de bolas de hueso que me resultaban extrañamente familiares.

—¿Qué son? —señalé las esferas, tratando de recordar dónde las había visto antes.

—Cráneos de macacos enanos de Tankei —sonrió Brenian—. Traen suerte.

—Morisán tenía una colección de cráneos de esos monos —dijo Lérad.

—Son muy apreciados en el mercado negro. Las autoridades de Tankei castigan con diez años de cárcel la caza de sus macacos. Si el comercio fuese libre, no valdrían un argental —Brenian hizo entrechocar los diminutos cráneos, deleitándose con el sonido que producían—. Agradezco profundamente a los legisladores de Tankei el interés que se toman en la protección de su fauna. Si no existiesen las prohibiciones, ¿qué sería de mí?

El traficante echó una mirada nostálgica a la puerta que conducía a la trastienda.

—Odi está que muerde desde que legalizaron los neuros —dijo—. Ya no tiene tantos clientes —señaló el local, vacío a excepción de un par de personas que conversaban en la barra—. La nueva política de permisividad del presidente Zenia acabará arruinándonos a todos.

—Lérad me ha dicho que trasladaron a Morisán fuera de Tirras —comenté.

—Hace dos meses que se marchó a Dricon. Creo que ahora trabaja para el consorcio Doralus.

—¿Quién ocupa su lugar?

—Manedin. Un chalado. No os recomiendo que vayáis a verle.

—¿Por qué?

—Acabo de decirlo: está chalado. Las creencias de una pandilla de lunáticos que pulula por Tirras lo han convertido en un hombre obsesivo. No toma una decisión sin antes consultar con su consejero, un sacerdote de la iglesia de Omnus. Está lleno de supersticiones.

Brenian seguía manoseando los cráneos de macaco mientras hablaba.

—Pero si tuvieseis alguno de éstos, quizás os recibiría.

Un trueno reverberó en las paredes del bar, y los cristales se estremecieron peligrosamente. La tormenta se había desatado antes de lo previsto.

—Habrá que esperar a que deje de llover para ir al almacén de Yanerd —dijo Brenian, quien se puso a repasar sus notas—. Veamos. Acordamos que serían tres toneladas de dientes y material médico con destino a Nalcros.

—Dos toneladas —rectifiqué—. Dos toneladas de dientes autoajustables, no tres.

Brenian alzó las cejas.

—¿Crees que alguien pagaría ciento ochenta mil sólo para que le transporten un puñado de dientes?

Eché un vistazo a Lérad. Estaba mirando al techo, silbando con aire de falsa inocencia.

—No, supongo que no —reconocí.

—Bien, porque el cliente tiene muy malas pulgas, y me disgustaría decirle que habéis faltado a vuestra palabra.

Mi socio, como iba siendo habitual, cerraba los tratos a mis espaldas y luego me daba la información que él quería.

—La palabra de un transportista es sagrada —dijo Brenian, advirtiéndome mi indecisión.

—Háblame de la tonelada adicional de material médico que vamos a cargar.

—Como sabréis, la aparición de La Eternidad ha supuesto una auténtica revolución para nosotros. Comerciar con tecnología del futuro está prohibido, pero yo opino que es injusto que los gobiernos se reserven en exclusiva adelantos que podrían beneficiarnos a todos si se distribuyesen libremente. No tienen derecho a privarnos de...

—Al grano.

—Está bien —Brenian se guardó los cráneos de macaco y pidió una cerveza al camarero—. En el siglo XXX eran habituales, quiero decir, serán habituales las operaciones de organogénesis. Me armo un lío con los tiempos verbales cada vez que hablo de La Eternidad. No asimilo bien el hecho de que personas que no nacerán hasta dentro de cinco siglos, se hayan trasladado al presente y estén viviendo junto a nosotros.

—Imagínate el tiempo como una película —dijo Lérad, saliendo de su prudente mutismo—, y a nuestro siglo, el XXV,

como si sólo ocupase una secuencia. El siglo XXX aparece en una posterior, pero algunos de los actores que aparecen en esa secuencia han conseguido que retroceda la película y se han metido en nuestra escena.

—Muy pedagógico —dije con acritud—. Ya hablaremos más tarde tú y yo de películas.

—Tu socio hizo un buen trato conmigo —me replicó Brenian—. La organogénesis no tiene nada que ver con toda esa mierda de los neuros, os lo aseguro. ¿Sabías que Doralus tiene un miembro regenerativo? Perdió la pierna derecha a los setenta años en un accidente, y ninguna de las prótesis que le implantaron dio resultado. Hasta que le pusieron un geneimplante.

—La primera vez que lo oigo —dije.

—Pues es verdad. Son como la cola de una lagartija. Si los cortas, vuelven a crecer. ¿Qué hay de malo en venderlos? Muchos pacientes os lo agradecerán.

—No sé —murmuré—. Creo que...

—Lérad me contó que estáis pasando una mala racha. Godda ha presionado al sindicato para que no os den trabajo.

—Tal como lo planteas, no parece un mal negocio, pero...

—Déjate de peros, Mel —intervino Lérad—. Tenemos que aceptar el trabajo, tú lo sabes. Estamos sin blanca y con los tanques de la nave casi vacíos. Con lo que nos queda no podremos llegar al próximo puerto.

—Si rechazáis este trabajo, difícilmente podréis conseguir encargos en Tirras —nos advirtió Brenian—. Conozco a muchos transportistas como vosotros que están dispuestos a cubrir la ruta.

—Antes de aceptar quiero echar un vistazo a los contenedores —dije.

—Podrás ver únicamente los de los dientes. Los demás van sellados al vacío, y si los abres, los geneimplantes se contaminarán con los microbios del aire. Una sola de esas cajas vale una pasta.

—¿A qué viene tanta desconfianza? —me preguntó Lérad—. Brenian no nos va a engañar. Podemos confiar en él.

La tormenta había cesado. El lodo verde y espeso cubría la calle como una alfombra, salpicado de pequeñas motas negras: eran los cadáveres de insectos aspirados por un tornado en alguna remota zona pantanosa, traídos a la ciudad por obra de los peculiares flujos atmosféricos de Tirras.

—Antes confiaría en la palabra de nuestro presidente —ironicé—. Pero supongo que no tenemos dónde elegir.

Brenian pidió al camarero unos protectores para el calzado y salimos al lodazal. Sin embargo, los protectores no impidieron que nos manchásemos hasta las pestañas del barro que goteaba de las cornisas. Y por si fuera poco, el condenado lodo olía peor que los pies de Lérad después de una semana sin lavarse.

Por fortuna, el almacén de nuestro cliente se encontraba a dos manzanas del bar. La tormenta se alejaba con la misma rapidez que había llegado. Los primeros robots limpiadores ya habían salido a la calle para retirar el barro. Debían actuar con celeridad antes de que el lodo se solidificase y hubiese que quitarlo con martillos neumáticos.

En cuanto llegamos al almacén nos metimos bajo el microsónico y eliminamos de nuestras pestañas los restos de barro antes de que se pusiese duro. El cliente, un drillín de mirada serena, nos esperaba con el cargamento apilado cerca de la salida. Un transporte oruga aguardaba fuera.

—Yanerd, puedes empezar a cargar los contenedores en el oruga —dijo Brenian.

El drillín pulsó un botón de su aparato de control remoto, y media docena de robots porteadores empezaron a llevarse cajas al vehículo.

—¿Podría ver lo que contiene uno de esos contenedores? —pedí a Yanerd.

—Implantes de primera calidad —dijo el drillín—. Los echarías a perder si abrieses la tapa; pero si quieres, puedo haceros una demostración —flexionó los dedos, como si los tuviese entumecidos—. Brenian, dame un cuchillo.

El traficante le tendió una hoja de quince centímetros de longitud, que desplegó con un chasquido metálico.

—Aquí tienes.

El drillín posó su mano izquierda encima de una mesa, mientras con la otra sujetaba el cuchillo.

—Pero ¿qué vas a hacer? —exclamé.

—Tranquilo, Mel —dijo Brenian—. A Yanerd no le va a pasar nada.

Con un rápido movimiento, la hoja seccionó de un tajo el dedo meñique del drillín. A pesar de la importancia de la herida, no manó una sola gota de sangre. Yanerd ni siquiera se estremeció.

—No entiendo por qué has hecho esta estupidez —le dije—. ¿Qué clase de rito macabro es ése?

—Todo mi brazo izquierdo es un geneimplante —contestó el drillín con calma, como si amputarse dedos fuese un pasatiempo que ejercitase habitualmente—. Puedo cortármelo y volverá a crecer dentro de un par de semanas. Pero disculpad que no lo haga: no me puedo permitir el lujo de quedarme quince días sin él.

El drillín tiró a la basura su dedo meñique y me enseñó la mano. El punto del corte se había cubierto de una costra negra que taponaba la herida.

—No os preocupéis. El dedo volverá a crecerme dentro de unos días.

Yanerd, muy ufano, se alejó para supervisar las operaciones de carga en el vehículo oruga.

—¿Qué opinas ahora, Mel? —sonrió Brenian—. ¿Verdad que es una maravilla?

—Sé de alguien a quien aconsejaría un geneimplante de cabeza —respondí, mirando a Lérad—. Por si un día la pierden en un *accidente*.

Mi socio tragó saliva.

—La cabeza no puede regenerarse —rió Brenian.

—¿Por qué no? —quise saber.

—Bueno, no soy un experto en genética, pero por pura lógica, si te colocan otra cabeza, dejas de ser tú mismo.

El drillín, que estaba escuchando la conversación, se acercó para poner su contrapunto científico:

—El cerebro es insustituible. Su pérdida es definitiva, y aunque los cultivos de neuronas pueden reparar algunas zonas

dañadas, no logran sustituirlo en su totalidad. Si el cerebro muere, la información que encierra se pierde para siempre.

Observé a Lérad, imaginando lo beneficioso que sería para nuestra sociedad que la gente como Brenian o él tuviesen un nuevo cerebro. Por desgracia, la organogénesis no hacía milagros.

Los robots finalizaron las operaciones de carga y el vehículo oruga se puso en marcha rumbo a los muelles del espaciopuerto. El drillín nos pagó el flete acordado y Brenian recibió su comisión. Ambos nos juraron que no tendríamos ningún problema con las autoridades del planeta Nalcros. Brenian se había encargado de arreglar nuestros papeles, lo que significaba que algún funcionario de aduanas miraría hacia otro lado si un rayo inspector sondeaba las bodegas de *Poderosa* y descubría los geneimplantes.

En el camino de regreso a nuestra nave pasamos por delante de una iglesia. Recordaba haberla visto hace más de un año, pero la última vez que estuve en aquel barrio, la iglesia tenía un aspecto ruinoso y sucio. En cambio ahora, la fachada estaba recién pintada, las vidrieras de colores resplandecían con luz propia, y una música celestial emanaba a la calle por un circuito de altavoces perfectamente disimulados entre los árboles, invitando a los feligreses a la oración

—Mira, Lérad —señalé al edificio—. ¿No te resulta conocida esta iglesia?

—Ahora que lo mencionas, creo que sí —Lérad frunció el ceño—. Esta música es insoportable. Larguémonos.

—Espera. Vamos a echar un vistazo ahí dentro.

—El oruga ya habrá llegado al muelle de carga. Tenemos que abrir las bodegas y poner en marcha las cintas transportadoras.

—Por retrasarnos un par de minutos no va a pasar nada.

Lérad cedió a regañadientes. El interior de la iglesia llamaba la atención por su pulcritud. Bancos, suelo, imágenes, todo brillaba en impoluta armonía. Algo que no cuadraba con los recuerdos de mi última visita.

—Muy bonito. Bien, ya la has visto. Ahora...

—Lérad, mira ese hombre que está junto al altar.

Un individuo de barba recortada vestido con una túnica gris estaba disponiendo ornamentos religiosos sobre el altar.

—Es un sacerdote. Y qué.

—Es el padre Rect. Nafidias nos lo presentó el día que visitamos su iglesia. ¿Te acuerdas ahora?

Por el gesto de mi amigo, supe que se acordaba perfectamente de él.

—No he venido a Tirras a escuchar sermones —rezongó—. Yo me marchó. No quiero tener nada que ver con este grupo de iluminados.

Pero el padre Rect ya nos había visto, y se dirigía a nuestro encuentro a pasos acelerados.

—¡Los caminos de Omnium son inescrutables! —exclamó el sacerdote, alzando los brazos.

—No, por favor —murmuró mi socio entre dientes.

—Meldivén y Lérad, ¿verdad? Es un placer que hayan venido a visitarme.

—Bueno, en realidad pasábamos de casualidad —comenzó Lérad.

—Han cambiado muchas cosas desde la última vez que estuvimos aquí —dije a Rect—. La iglesia no parece la misma.

—Sí, es cierto. Hace un año el templo estaba amenazado de muerte. Danon Asociados quería derribarlo para construir una planta procesadora de ganadio. Bandas de delincuentes enviadas por la compañía nos destrozaron la iglesia para obligarnos a vender. Pero ahora —Rect inspiró con satisfacción— se ha alcanzado un nuevo equilibrio.

—¿Qué clase de equilibrio? —tenía interés en saber cómo se las habían ingeniado para obligar a ceder a la compañía.

Rect nos hizo pasar a su despacho.

—El nuevo delegado de Danon se está mostrando receptivo a nuestras peticiones. Gracias a su ayuda hemos podido adecentar la iglesia, e incluso añadir unas cuantas mejoras.

—Quizás sea una pregunta indiscreta, pero ¿cómo han conseguido ese cambio de parecer? Una planta de ganadio

produce, pero una iglesia no. Danon no se distingue por sus obras de caridad.

—Meldivén, las intercompañías no están dirigidas por máquinas, sino por hombres. Manedin tiene una acusada sensibilidad espiritual, reconoció los errores de su predecesor y afortunadamente ha sabido corregirlos.

—Entonces no durará mucho en el cargo —vaticinó Lérad.

—Al contrario. Danon Asociados está muy satisfecha con su gestión, y le ha garantizado que le mantendrá en el cargo como mínimo cinco años más.

Rect había evitado contestar a mi pregunta con aquel circunloquio. Danon Asociados escogía con mucho cuidado a su personal directivo, y era difícil de creer que un individuo que regalaba dinero a una secta religiosa y sacrificaba la instalación de una planta de ganadio tuviese el puesto garantizado durante un lustro.

A menos que la compañía obtuviese algún beneficio oculto por ese extraño entendimiento.

—La única sensibilidad que conozco en los ejecutivos de Danon es la que experimentan hacia el dinero —dije.

—Las riquezas son un goce temporal; sólo el espíritu es eterno —Rect alzó los ojos al techo, como si mirase a través de una invisible ventana al infinito—. La materia es relativa, se degrada, sucumbe a la segunda ley de la termodinámica. El alma no es materia ni energía. Su naturaleza es atemporal, porque participa de la fuerza primigenia que lo creó todo. Muchas personas están comprendiendo la verdad y abrazan nuestro credo para participar en la esencia de Omnius. Lamentablemente, en nuestra generosidad por expandir la fe hemos admitido en nuestro seno a malos sacerdotes. Como Derno Vanisen —la boca de Rect se frunció en un gesto de amargura—; un renegado frívolo y materialista que...

Lérad bostezó, mostrando deliberadamente su desinterés por la charla. Pero Rect necesitaba mucho más que un bostezo para frenar su perorata.

—Háblenme del experimento de Ocedre —pidió el sacerdote, cambiando súbitamente de tema.

—Fue un fracaso —gruñó Lérad—. Un fiasco. ¿Satisfecho?

—Eso ya lo sé. Pero ustedes lo presenciaron. ¿Qué sintieron? Cuéntenmelo, por favor. Me sentiría muy complacido si me honrasen con su testimonio.

—Como sabe —expliqué—, Ocedre pretendía crear materia a partir de la nada y reproducir un nuevo génesis. Pero algo falló, y en lugar de eso, surgieron unos seres globulares que absorbían energía. Esos seres son los que, según la historia, aparecerán dentro de cuatro siglos y destruirán el universo.

—¿Qué aspecto tenían?

—Una especie de globos o esferas de luz. Brillaban con mucha intensidad.

—Eran bellos.

—Sí, se puede decir que en cierta forma lo eran —convine—, siempre que no nos paremos a pensar en lo que son capaces de hacer. Se cree que el experimento de Ocedre abrió una puerta hacia el universo de los seres globulares, aunque esto todavía es una hipótesis. Supongo que su religión habrá llegado a otras conclusiones.

Lérad me miró con irritación por dar conversación al padre Rect, en lugar de cortar la charla por lo sano.

—Las tenemos, pero temo que las considerarían supersticiones maniqueas de la época precolonial —Rect fijó sus ojos en los míos, una mirada profunda y sostenida. Traté de poner la mente en blanco. No tenía intención de que ningún telépata explorase mis pensamientos.

—Se nos ha hecho tarde —me levanté, incómodo—. Ya deberíamos estar a bordo de nuestro carguero.

—Tengo algo para ustedes —Rect se frotó la barba.

Lérad negó con la cabeza.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo, amigo.

—Es un mensaje.

—¿De quién?

—De alguien que conocen —Rect sonrió—: Nafidias Mosna.

—Sabía que cometíamos un error entrando aquí —furioso, Lérad se encaminó a la puerta.

—¿No quiere oír lo que dice el mensaje?

—¡No! —mi socio salió del despacho dando un portazo.

El padre contempló con pesadumbre la puerta cerrada.

—Una persona impulsiva.

—Verá, padre, el nombre de Nafidias quizás sea muy apreciado por usted, pero para nosotros es sinónimo de problemas —me dirigí a la salida.

—Meldivén, no se vaya todavía. ¿Es que no siente curiosidad por saber el contenido del mensaje?

Sí que la sentía. Pero mi sentido común me ordenaba que saliese de aquella habitación cuanto antes y corriese hacia la seguridad de nuestra nave. Abrí la puerta del despacho.

—Nafidias me lo transmitió hace dos meses —Rect no iba a permitir que me marchase sin contármelo. Estaba dispuesto a chillármelo al oído si era necesario.

—Está bien —me rendí—. ¿Cuál es ese mensaje?

Advertí que los músculos faciales del sacerdote se distendían.

—Dice textualmente: "recoged a la criatura".

CAPÍTULO 2

Nafidias se las había ingeniado para entrometerse de nuevo en nuestra vida. El método elegido en esta ocasión era un tanto peculiar. En vez de ponerse en contacto con nosotros, como sería lo más lógico, nos hacía llegar el mensaje por intermedio del padre Rect. No tenía mucho sentido, aunque tratándose de Nafidias, aquel comportamiento no era una gran sorpresa.

Todo era demasiado confuso para nosotros. Empezando por el autor del mensaje. ¿Dónde estaba ahora Nafidias Mosna? Se supone que ya habría llegado al cúmulo extragaláctico Sigma Yuntaar. Y allí pasaría el resto de su vida hasta que un edema pulmonar acabase con él a la edad de ciento cuarenta años. Eso es lo que nos explicó Rodebal en la cripta donde conservaba su cadáver. Pero estábamos en el siglo XXV, no en el XXX, y en este presente, Nafidias todavía seguía vivo.

Si suponíamos que el futuro no estaba predeterminado, cuestión en la que los físicos todavía no se habían puesto de acuerdo, el anciano podría perfectamente variar su conducta y regresar a Tirras para seguir atendiendo su iglesia junto al padre Rect. Éste no nos había revelado de dónde recibió el mensaje. Quizás Nafidias lo envió desde Sigma Yuntaar, o quizás *desde Tirras*. ¿Quién podría saberlo? Ni a Lérad ni a mí nos importaba un comino, si no fuera porque el viejo pretendía algo de nosotros. Y pese a que aún ignorábamos qué quería exactamente, mucho nos temíamos que iba a complicarnos sobremanera la existencia.

—¿Por qué nosotros? —se lamentaba Lérad—. ¿Qué crímenes hemos cometido? ¿Acaso hemos sido recaudadores de impuestos en vidas pasadas para merecer este castigo?

—Deja de protestar y atiende a las patrullas de aduanas —le advertí—. Nos acercamos al perímetro orbital de Nalcros.

Lérad escupió una hebra de tabaco y apretó con rabia el mando de giro.

—Lo único que quiero es ganarme la vida honradamente. ¿Es eso un delito?

Para mi socio, la palabra honradez tenía un significado ligeramente distinto que para el resto de los mortales.

—Olvidémonos del mensaje —sugerí—. Olvidémonos de él, como si no lo hubiésemos escuchado.

—Pero sí lo hemos escuchado, Mel. En concreto, *tú* te quedaste a escucharlo. Te empeñaste en entrar a la iglesia, y allí estaba Rect, esperándonos. ¿Crees que podemos ignorarlo? ¿Crees que es así de sencillo?

Una luz amarilla se iluminó en el panel de comunicaciones. Las patrulleras ya nos habían detectado.

—Es como creer que cerrando los ojos, va a desaparecer el monstruo que quiere devorarte —dijo Lérad.

—O que se esfumarán los barrotes de la cárcel en la que nos meterán esas patrulleras, si detectan el cargamento de geneimplantes —le acusé.

Pronto íbamos a saber si las garantías que Brenian nos había dado nos servirían de algo en Nalcros. De momento, la policía nos obligó a disminuir la velocidad y a situarnos dentro del alcance de sus escáneres de precisión. El ordenador de la nave patrulla estableció contacto con el nuestro y accedió a los registros de vuelo. Las bodegas de *Poderosa* comenzaron a ser minuciosamente registradas por los haces de barrido.

Tras un silencio interminable que se prolongó durante cinco minutos, el piloto de la nave de aduanas nos concedió vía libre.

—Confirmado cargamento de tres toneladas de material médico con destino al hospital Tantras Nora. Se les concede permiso de estancia en Nalcros durante un máximo de setenta y dos horas. Transcurrido este período, deberán solicitar un

visado de residencia y abonar la correspondiente tasa en el negociado de Comercio.

—Gracias por la información, amigo —dijo Lérad—. Pero no estaremos en Nalcros más de un día.

—Mejor, porque como deben saber, las elecciones en Nalcros se celebrarán dentro de tres días y se restringirá el tráfico de naves.

El policía nos facilitó, a cambio de una pequeña retribución que tuvimos que transferirle por anticipado a su cuenta, la concesión del permiso de despegue. Las autoridades confederales habían cursado órdenes estrictas para controlar el flujo de naves que quisiesen entrar o salir de Nalcros; pero el gobierno local, bajo cuyo mando estaban las patrullas de aduanas, no parecía muy dispuesto a tolerar que la Confederación se inmiscuyera en asuntos de su competencia.

El sol estaba a media altura en el horizonte cuando el tren de aterrizaje de *Poderosa* tomó contacto con la pista del espaciopuerto. La torre de control nos avisó que teníamos autorización para despegar dentro de veinticuatro horas. Si nos retrasábamos, deberíamos someternos a un complicado trámite burocrático que demoraría nuestra partida varios días.

—Como habrás comprobado, Brenian no nos ha mentado —dijo Lérad—. Aquí todo son facilidades para nosotros.

—No acabo de entender qué interés tiene la Confederación en restringir el tráfico —comenté—. La guerra de Telura acabó hace más de un año. Este tipo de medidas sólo se justifican en caso de conflicto.

—Quizás teman el ataque de algún grupo terrorista antes de las elecciones.

Pudiera ser, pensé. Pero la seguridad de cada planeta estaba encomendada, según establecían los tratados Olden, a las autoridades locales. Sólo un peligro inminente de agresión justificaría que la Confederación interviniese. Nalcros estaba emplazado en un sector que no había registrado incidentes armados desde hacía siglos. El desarrollo de aquel mundo había estado exento de problemas desde el inicio de la colonización. Mientras otros territorios de frontera sufrían ataques constantes de drillines y rudearios, la vida en Nalcros se desenvolvía en un clima próspero y tranquilo que estimuló

la inversión privada. Con apenas veinte millones de habitantes, la población gozaba de una de las rentas per cápita más elevadas de la Confederación y despertaba la envidia de los sistemas vecinos. Los dirigentes locales habían sido tan hábiles que incluso durante la guerra de Telura supieron mantenerse al margen del conflicto, adoptando una actitud neutral que a la larga se traduciría en grandes ventajas.

A simple vista Nalcros era todo un ejemplo a seguir, un paraíso de prosperidad en el que las cosas funcionaban a la perfección. Sus dirigentes no causaban problemas al gobierno central, al contrario que Telura y otros sistemas díscolos. Pagaban puntualmente sus impuestos y exigían poco. La administración confederal tenía motivos para estar contento con ellos.

Entonces, ¿qué había ocurrido?

Tuve una ligera intuición de lo que sucedía cuando aquel insecto robot comenzó a zumbar a nuestro alrededor nada más entrar en las instalaciones del espaciopuerto.

—Vote por Mabe Godda, vote por el Partido de la Esperanza —chillaba insistentemente el diminuto aparato—. Progreso para nuestro pueblo, seguridad para las familias. El futuro es nuestro. Vote Esperanza.

—Pierdes el tiempo con nosotros —le advertí al microrrobot—. No estamos censados en este planeta, y por tanto no podemos votar.

—Vote por Mabe Godda, vote por el Partido de la Esperanza. Es el futuro de sus hijos.

—No tenemos hijos, maldito chinche —dijo Lérad, tratando de localizar al insecto mecánico para aplastarlo de un palmetazo.

—Vote por Mabe Godda, vote por el Partido de la Esperanza —repitió el aparato, demasiado simple para responder preguntas—. Nuevos hombres para nuevos tiempos.

—Creo recordar que Godda nació aquí —dijo Lérad.

—Los asuntos de su planeta siempre le han traído sin cuidado —declaré, tratando inútilmente de espantar al insecto—. Le van más los tejemanejes de la Asamblea confederal.

—La nueva administración del presidente Zenia no le ha favorecido. Por eso ha vuelto a su mundo.

El insecto estuvo castigándonos los oídos exactamente durante cinco minutos, su tiempo programado de asedio, y luego voló hacia otros potenciales votantes para martirizarlos. Microelectrónica al servicio de la política más chabacana.

—Si Godda se presenta a las elecciones, comprendo por qué la Confederación está preocupada —dije—. Yo también lo estaría. Ese bandido tiene menos visión de Estado que una almeja.

—Más nos vale que Godda no se entere de que estamos aquí —me advirtió Lérad—. Podría hacer que nos detuviesen si llega a sospechar lo que llevamos en las bodeg...

—¡Calla!

Dos policías pasaron por allí, con cara de aburrirse pétreamente. Nos miraron de soslayo, pero siguieron su camino.

—Yo no me preocuparía por Godda: no ganará las elecciones —aseguró mi socio—. ¿Quién votaría a un sinvergüenza como él?

—Lérad, los tipos honrados sólo tienen dos alternativas en política: ser comidos por tiburones, o convertirse en tiburones. Apuesto a que Godda hará carrera en Nalcros.

Mi socio se acercó a un terminal gratuito de consulta. Los sondeos reflejaban que el partido de la oposición aventajaba al de Godda en siete puntos.

—Apuesta perdida. Te lo dije, Mel. Los ciudadanos de Nalcros no son estúpidos.

—Godda tampoco lo es.

Nos trasladamos al hospital Tantras Nora. El supervisor comercial, un cincuentón de pelo entrecano que portaba unas pesadas gafas de montura metálica, nos hizo pasar rápidamente a su despacho como si temiese que alguien nos viese con él.

La oficina, sucia, desordenada y oscura, desprendía un tufo peculiar y hablaba por sí sola de la personalidad de su titular. El supervisor se rascó su pelo grasiento y se sonó las narices con un pañuelo de un solo uso al que ya había sacado el jugo suficientemente.

—Necesito un poco de desorganización a mi alrededor para poder trabajar con comodidad —dijo el supervisor—. Sin desorden, es como si me faltase aire. La anarquía me seduce. Estimula mi creatividad.

—Aquí falta ventilación —dije, contemplando las ventanas, cerradas a cal y canto y los cristales polarizables opacos a la luz—. No me extraña que le falte aire.

El supervisor estornudó cerca de mí, rociándome de babas.

—Perdone. Este catarro es incontenible. Me llamo Nagore —nos tendió la mano, húmeda por el moco del pañuelo que estrujaba.

Evité estrechársela haciéndome el despistado. Me aproximé a una vitrina de cubos de cristal que contenían pequeños organismos vivos nadando en líquido ambarino.

—Parece interesante —dije—. ¿Qué son?

—Cultivos celulares. Convierten el ácido úrico en una solución oleaginoso que se utiliza para lubricante. Cada día tratamos cincuenta hectolitros de orina de nuestros pacientes. En este hospital todo se aprovecha.

Menudo gusto el del supervisor, tener el despacho decorado con frascos de orín. Ahora identificaba el origen del olor que me había asaltado al entrar.

—Unas bacterias muy hacendosas —comenté, disimulando mi repugnancia.

—Sí. No piden aumento de sueldo, no se declaran en huelga. Son una delicia. El mundo microscópico es una fábrica en la que cada molécula sabe muy bien lo que tiene que hacer. Nadie pregunta, sólo se trabaja. Tenemos que aprender mucho de la eficiencia de las bacterias.

El supervisor Nagore cogió un frasco de orín, observando fascinado unos pingajos verdes que flotaban a la deriva.

—Es maravilloso, ¿no creen?

—Si usted lo dice... —vaciló Lérad.

—Y a la vez trágico. Porque toda esta perfección acaba convirtiéndose en basura tarde o temprano. La segunda ley de la termodinámica no tiene excepciones.

Miré a Nagore con circunspección. Era la segunda vez en un día que oía mencionar el nombre de aquella ley.

—¿A qué viene eso? —inquirí.

El supervisor me observó por encima de los cristales de sus gafas polvorientas, como si fuese a embestirme con la vista.

—¿A qué viene el qué?

—Lo que ha dicho de la segunda ley.

—Bueno, era un simple comentario.

—¿Por qué de pronto todo el mundo comienza a hablar de la segunda ley? —insistí—. ¿Qué tiene de particular?

—No sé a qué se refiere cuando habla de todo el mundo.

—Yo sí —afirmó Lérad, cansado.

—La dinámica de la entropía es un tema que me atrae —comentó Nagore—. ¿Qué quiere que le diga?

—¿No será usted seguidor de la iglesia de Omnius? —pregunté.

—Bueno... verán —carraspeó Nagore. Sabía el motivo de aquella vacilación. A la mayoría de los científicos les incomoda confesar que abrazan alguna creencia religiosa, porque piensan que eso enturbia su imagen pragmática y les desmerece a los ojos de sus colegas— verán, pronto se celebrarán las elecciones y, en fin, ya estoy harto de que los políticos nos engañen. Había pensado votar esta vez por alguien como Derno Vanisen. Comparto con él ciertos puntos de vista acerca del mundo que nos rodea —el supervisor devolvió el frasco de orín a la vitrina, y para reforzar sus argumentos, añadió—: va el tercero en las encuestas.

El padre Rect se había referido a Derno Vanisen como un renegado de la iglesia, un personaje frívolo y materialista.

Que *casualmente* se encontraba en Nalcros. En mis oídos volvieron a sonar, como un murmullo lejano, las palabras de Nafidias Mosna: "la casualidad no existe en este universo, todo tiene un por que; acción y reacción, causa y efecto".

Aquel pensamiento me estremeció. Intercambié una mirada con Lérad. ¿Éramos otra vez rehenes de los acontecimientos? Prefería no imaginar las consecuencias que se derivarían para nosotros, si estaba en lo cierto.

El supervisor se quitó las gafas para limpiar la mugre de los cristales que le enturbiaban la visión. Tras unos segundos de búsqueda, y viendo que no encontraba ningún pañuelo limpio —yo no estaba dispuesto a prestarle el mío—, desistió de su idea y se dejó caer en su sillón de madera, que crujió horriblemente. Nagore estaba muy lejos de alcanzar la asepsia que se supone deben hacer gala los profesionales de la medicina. Quizás por eso sus compañeros lo habían recluido en aquella cueva. Los pacientes podían cambiar de hospital si le veían deambular por los pasillos con la placa de supervisor prendida al pecho.

—Bien, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Su proveedor de Tirras nos contrató para un transporte de material médico. ¿Lo recuerda?

—Ah, claro que lo recuerdo —después de media hora de charla, el supervisor caía en la cuenta del motivo de nuestra visita—. Esos dichosos geneimplantes. ¿Dónde están?

—En las bodegas de nuestra nave, listos para ser descargados —contestó Lérad, con un tono de resignación en su voz. Tratar con chalados y neuróticos debía ser nuestro sino.

—Los traeremos aquí en un contenedor del hospital —decidió Nagore—. Hay mucha policía por las calles con motivo de las elecciones, y podrían detenerles. Nuestros transportes son más seguros.

Tanto mejor para nosotros. Ya habíamos cobrado en Tirras el importe del flete, de modo que Nagore podía hacer lo que le viniese en gana con la mercancía.

Era noche cerrada cuando el transporte del hospital salió del espaciopuerto con las tres toneladas de dientes y formas semivivas en su interior. Respiré hondo en la pista mientras lo vi alejarse, y traté de no pensar en el uso que Nagore daría a los geneimplantes. El supervisor había llegado a decir que en su hospital se aprovechaba todo. ¿Se estaba refiriendo únicamente a la orina de sus pacientes?

Aquello me puso enfermo.

—Necesito un trago —dije a Lérad—. Vayamos a tomar algo antes de marcharnos.

—Bueno —Lérad consultó su crono—. Todavía nos queda una hora para que la torre de control nos autorice el despegue.

De repente, mi socio se quedó parado en mitad de la pista. Señalaba al cielo.

—¿Qué infiernos es eso?

Alcé la mirada. En el firmamento de Nalcros no había estrellas. En su lugar, un mofletudo rostro del tamaño de cuatro lunas llenas nos sonreía.

¡Mabe Godda!

La calva lustrosa y reluciente del mercader brillaba como un pequeño sol en la oscuridad de la noche. Godda puso una de sus sonrisas más falsas, idéntica a la que generaciones de políticos, desde los albores de la democracia, exhibían para cautivar al electorado.

Junto a la cabezota de Godda, hinchada como un globo de feria, una parafernalia de luces y efectos especiales se desplegó para ensalzar las virtudes del Partido de la Esperanza, azote de la corrupción y la injusticia. En dirección sur, a unos cuarenta grados de altura, un teatro semejante apareció en el firmamento para anunciar a un partido político rival. Las promesas de uno y otro, sin embargo, eran tan semejantes que podrían haber pasado por el mismo. Lo único que los diferenciaba eran las caras de los candidatos, risueñas, simpáticas. Odiosas.

Un sistema de proyección ionosférico por satélites era el responsable de que el cielo de Nalcros se hubiese convertido en una gigantesca televisión, donde los partidos se disputaban encarnizadamente sus cuotas de pantalla. Lamentable. Los ciudadanos de Nalcros debían aguantar estoicamente durante la campaña electoral aquella galería de aprovechantes cada vez que miraban al cielo. Como dioséculos electrónicos, los rostros de los políticos danzaban en las alturas realizando toda clase de zalamerías para seducir a los electores. Y para evitar que éstos ignorasen la propaganda simplemente negándose a mirar al cielo, nubes de insectos electrónicos de uno y otro bando se desataban como plagas de langosta durante la noche para brindar acompañamiento acústico a las imágenes celestes. Era imposible sustraerse a la locura.

Llegamos al bar del espaciopuerto. A pesar de que en el resto de las instalaciones no había un alma, el bar estaba atestado de clientes. La razón la comprendimos pronto: el dueño había adquirido un artilugio electrónico que interfería en las antenas de guía de los insectos y los mantenía apartados del recinto. Al igual que en la naturaleza, la técnica desarrolla sus propias defensas contra las plagas que ella misma desata. Sin moscones que te zumben patrañas al oído hasta dejarte sordo, era comprensible que los viajeros del espaciopuerto estuviesen refugiados allí.

—Dos combinados dobles de comporga —pedí al camarero.

—Se nos ha acabado la comporga —dijo el empleado—. Sólo nos queda wisnebra y cervezas.

—Cerveza —dijo Lérad.

—Cuánto movimiento hay aquí esta noche —le comenté al camarero—. ¿Siempre es así?

—Oh, no. A estas horas apenas hay tráfico. Toda esta gente espera una nave de transporte que llegará dentro de una hora. Si es que antes no es detenida por la Confederación.

—¿Por qué?

—Hay rumores de que el gobierno confederal va a intervenir en Nalcros. Muchos prefieren desaparecer unos cuantos días hasta que escampe.

—¿Qué es lo que sucede?

El camarero, bajando la voz, contestó con gran misterio:

—Según he oído por ahí, alguien intenta amañar las elecciones.

Desde hacía décadas, las papeletas y las urnas habían sido sustituidas por aparatos electrónicos individuales que cada votante tenía en casa. Así, los ciudadanos podían irse tranquilamente al campo a disfrutar del día —cuando la votación caía en festivo—, sin la incomodidad que supone trasladarse al colegio y hacer cola para votar. Se ahorra tiempo, dinero en papeletas, dietas a los integrantes de las mesas, más dietas a los miembros de las juntas electorales locales, y total, el resultado es lo de menos, porque gane quien gane, al final todos los políticos acaban haciendo lo mismo. Mienten como bellacos y una vez en el poder se olvidan de sus

promesas y hacen lo que les da la gana. El arte de mentir nació con la humanidad y ha ido depurándose a lo largo de los siglos hasta alcanzar cotas profesionales de refinamiento. Virtuosos de la palabra ha habido muchos a lo largo de la historia, y lo seguirá habiendo porque lamentablemente es más cómodo para los ciudadanos oír que pensar.

El sistema de votación electrónica había dado hasta la fecha muy pocos problemas, gracias a controles rigurosos que pedían identificación retiniana y dactilar del elector antes de que éste emitiese su voto. Además, un complicado sistema de filtros en los ordenadores centrales que controlaban el proceso garantizaba el secreto del voto. De lo único que la administración tenía constancia individualizada era de si el ciudadano había votado o no. Los filtros informáticos borraban cualquier rastro que ligase al elector con el contenido de la opción elegida.

Para qué decirles que jamás me he fiado de que esto fuese verdad. Lo que más desea un gobierno de sus ciudadanos es información a raudales de todo lo que hacen y no hacen. Puede que existiesen esos filtros, no lo dudo, pero en alguna parte, los programadores tenían que haber dejado una puerta falsa para entrar a saco en el ordenador y facilitar al gobierno lo que cada ciudadano —con nombres y apellidos— había votado. Sin embargo, hasta la fecha no se tenía constancia de que esas puertas falsas existieran. Lo cual podría tranquilizar a muchas personas, pero para mí no era bastante.

—Si Godda se presenta, no me sorprende que se haya intentado cometer fraude —dije, dando un sorbo a la cerveza.

Mi paladar identificó inmediatamente el sabor especial del lúpulo, aunque para cerciorarme le pregunté al camarero de qué marca era.

—Jabraen. La importamos de Aproann, un planeta del sistema Telura —el camarero señaló la zona de los reservados, al fondo del local—. Por allí está la dueña de la fábrica. No sé cómo lo ha conseguido, pero se ha hecho con el suministro de cerveza de la mayoría de los bares de Nalcros.

Deberíamos habernos girado en redondo hasta nuestra nave al oler el peligro. La presencia de Soane en el bar tenía que haber sido suficiente para que huyésemos como de la

peste. Pero no fue así. Nuestros pasos no recorrieron el camino hacia la puerta, sino el que separaba la barra de la zona de reservados.

¿Por qué lo hicimos? No me lo pregunten a mí, no sabría contestarles. Sólo sé que los humanos tenemos tendencia a comportarnos de una forma absurda en más ocasiones de las que permite la razón. Ésta era una de ellas. La experiencia nos advertía de que cualquier contacto con Soane Mosna era peligroso. Eso debería habernos bastado para que nos marchásemos del bar a la velocidad del salto cuántico. Pero aquellos reservados ejercían sobre nosotros la atracción de un imán. El encuentro con la pelirroja era inevitable. Lo era desde el momento que franqueamos la puerta del bar.

Soane se hallaba sola, con su inseparable ordenador encendido sobre la mesa, una copa de licor al lado y un cenicero repleto de colillas. La mujer sostenía una conversación videofónica con un hombre de rostro acalorado.

—Tienes que borrarlo todo —decía Soane, nerviosa, sin reparar en nuestra presencia—. ¿Sigues en el centro?

—Sí, pero...

—Desactiva el segundo y tercer nivel de códigos de infiltración, y pon en marcha la aplicación de limpieza de datos. Si nos damos prisa, cuando lleguen los hurones no encontrarán nada.

Soane cortó la comunicación y marcó un número de teléfono. La voz amable y perfectamente modulada de un computador doméstico le respondió:

—Lo lamento, señora, pero su esposo no ha llegado todavía.

—¿A las doce de la noche y aún no ha llegado? ¿Le has dicho dónde estoy?

—Desgraciadamente, me ha sido imposible. Mis intentos para contactar con el señor Baenese han dado negativo, pero seguiré intentándolo.

—¡Mientes! —Soane cerró violentamente la pantalla del ordenador. Entonces se percató de que estábamos tras ella, observándola.

—Parece que el destino ha vuelto a reunirnos —saludó Lérad—. Nos alegramos de verte, nena.

—Lo mismo digo —respondió Soane, consciente de que habíamos escuchado demasiado—. ¿Qué os trae por aquí?

—Dientes —dije—. Implantes dentales autoajustables. Si piensas arreglarte la boca, consulta con nosotros.

—Todavía no tengo necesidad de eso —sonrió forzadamente—. Mis dientes están en orden.

—¿Dónde has dejado a tu simpático esposo? —Lérad simuló buscar con la vista a Baenese—. No veo al abogado por aquí.

—Está trabajando.

—¿A las doce de la noche? Realmente sois una pareja *laboriosa*. Pero no es ésta la hora en que suelen trabajar las personas honradas.

—Lérad, por favor —intervine.

En una carpeta que había sobre la mesa vimos el membrete del comité electoral de Nalcros. Al notar hacia dónde se concentraban nuestras miradas indiscretas, Soane la ocultó rápidamente.

—Empiezo a comprender en qué tipo de lío te has metido esta vez —asintió Lérad.

—Trabajo para el comité. ¿Qué pasa? ¿Eso me convierte automáticamente en una delincuente?

—No, pero te otorga muchas posibilidades.

Los altavoces del espaciopuerto anunciaron que la nave cuya llegada esperaban ansiosamente los clientes sufriría un retraso de dos horas. También se informó que el crucero estelar *Fobos*, de la armada confederal, llegaría al espacio de Nalcros dentro de hora y media.

El rostro de Soane quedó congelado en un gesto de espanto.

—Esperabas esa nave, ¿verdad?

Soane no contestó.

—Y tu amado Baenese te ha dado plantón —Lérad sacudió la cabeza—. Qué desconsiderado.

—Deja de burlarte de ella —advertí a mi socio—. ¿No ves que está asustada?

Lérad echó un vistazo a su cronómetro.

—Debemos irnos. No quiero que el crucero de la Confederación nos intercepte mientras salimos del sistema.

—¡Esperad! —la expresión de Soane era patética—. Tenéis que sacarme de aquí. Somos amigos, ¿no? Os pagaré el viaje. Os daré lo que pidáis.

—¿Y arriesgarnos a acabar en la cárcel contigo? Gracias, pero no me seduce la idea.

—Tengo que ir al hospital orbital de Aproann. Mi hermano Travin está muy grave. Los médicos van a darle el alta para que pase sus últimos días de vida conmigo.

—Vamos, tesoro, ¿esperas que nos creamos semejante embuste? Déjate de sensiblerías con nosotros. No dan resultado.

—Es la verdad —Soane sacó de su cartera un fajo de billetes—. Os daré cincuenta mil. Es todo lo que tengo en efectivo.

Todo lo que tenía *en efectivo*. La pelirroja sabía cómo ablandar nuestro corazón. ¿Qué fortuna habría amasado durante su etapa en el comité electoral, para ofrecernos cincuenta mil por un pasaje?

Lérad se acarició el mentón al ver los billetes. Sus ojos resplandecieron.

—Voy a conferenciar con mi socio.

Nos alejamos lo suficiente para que la pelirroja no pudiese oírnos.

—¿Qué opinas, Mel?

—Que Soane tiene que haberse metido en algo muy gordo —dije—. A ella le gusta el dinero tanto como a ti o más, y no pagaría cincuenta mil argentales por salir de Nalcros si no le va la vida en ello. Yo no me fío.

—Te olvidas de que le debemos un favor.

—¿Qué favor?

—Se desembarazó de Lubián cuando nos asaltaron en Archenis Glon. Si no es por ella, Lubián nos habría robado la nave.

Reflexioné. Era cierto, Soane había utilizado el hipnagón camuflado en su maletín para neutralizar a Lubián, en el momento en que éste y Neio pretendían arrebatarnos la nave. Desde ese punto de vista, estábamos en deuda con ella. Pero como antes la habíamos sacado de Dricon, evitando que la policía la detuviese, estábamos en paz. Claro que entonces

también nos había pagado por el pasaje. Mil argentales exactamente. Y ahora nos ofrecía cincuenta mil.

Contemplé a Soane. Estaba hundida. No creo que encontrásemos un rostro más desolado en todo el bar. Si la abandonábamos, pasaría el resto de sus días en una prisión de alta seguridad de Dricon, donde le implantarían un controlador neural en la cabeza, como hicieron con su hermano. Por graves que fuesen los delitos que Soane hubiese cometido, no se merecía aquel destino.

Y además, si la dejábamos allí tirada, perderíamos la oportunidad de ganar cincuenta mil argentales.

—Está bien —accedí—. Pero sé que nos arrepentiremos de esto.

Lérad se acercó rápidamente a la mesa de la mujer, antes de que yo cambiase de opinión.

—La historia de tu hermano nos ha partido el corazón. En otras circunstancias te llevaríamos a Aproann gratis —Lérad tomó con destreza el fajo de billetes que asomaban de la cartera de Soane—, pero tenemos que cubrir algunos gastos.

Soane cogió el maletín y su semblante abatido se transformó en una expresión de alivio.

El principio de un nuevo calvario se había iniciado para nosotros.

CAPÍTULO 3

Los cincuenta mil argentales que nos embolsamos nos hicieron olvidar pasadas calamidades. Pudimos marcharnos de Nalcros con media hora de antelación a la llegada del crucero estelar *Fobos* a los confines del sistema planetario. Trabajo fácil y bien retribuido. Así nos gustaban las cosas.

Aunque eso implicase ayudar a huir a una fugitiva de la justicia.

Soane Mosna había participado en el intento de fraude electoral que la Confederación había detectado unos días antes de la fecha de la votación. Si se hubiese consumado el fraude, habría sido muy difícil demostrar que existió manipulación de datos. La única posibilidad de evitar el engaño era actuar antes de que los ciudadanos emitieran su voto.

Los controles de seguridad habían funcionado a la perfección, demostrando una vez más la efectividad del aparato informático. Para desgracia de Soane. Y de Godda.

—No puedo creer todavía que hayas trabajado para ayudar a que ese cerdo ganase las elecciones —dije.

Soane miró el espacio profundo que se extendía ante nosotros, y alternativamente, el indicador de la distancia que nos separaba de Telura. Debería estar contenta de haber escapado de Nalcros con tanta facilidad, pero no era así. Lo que nos había contado acerca de su hermano Travin era cierto, y eso le impedía manifestar su alegría. Soane tenía que hacerse cargo de Travin. Los médicos no podían curarlo, y el hospital orbital de Aproann necesitaba su cama para atender a otros pacientes.

—Y qué —replicó ella—. Nalcros es un nido de víboras. ¿Hay alguna diferencia entre ayudar a una serpiente de piel moteada en lugar de a otra que la tenga a rayas?

La mujer mascó un poco de tabaco que Lérad le había dado de su reserva particular; un detalle inusual en él.

—Nalcros es el mundo de los tramposos —continuó—. Utilizan publicidad subliminal que radian a baja frecuencia por los televisores. En cualquier otro planeta de la Confederación, sería ilegal. En Nalcros está permitido.

Quizás por ser el mundo de los tramposos, ella y Baenese habían ido a parar allí. Pero me cuidé mucho de expresar en voz alta mis pensamientos. Soane era una mujer que no convenía provocar. Y por cincuenta mil pavos, tenía derecho a opinar lo que quisiese.

—Todos los partidos regalan placas de sueños —decía—. Como son gratis, la gente las usa. No tienen idea de la cantidad de basura que esas placas introducen en el subconsciente mientras duermen.

—¿Te refieres a las placas de recuerdos? —apunté.

—Algo parecido. Ofrecen sueños sintéticos en los que se introducen mensajes de propaganda electoral. Menos mal que yo no participé en el diseño de los sueños. Estaba ocupada las veinticuatro horas del día en el ordenador central que iba a realizar el escrutinio. Pero cometimos un error y la Confederación fue alertada. Si hubiésemos dispuesto de más tiempo, habríamos conseguido anular todas las protecciones.

—¿Y tu marido? —inquirió Lérad, metiéndose con su pregunta en arenas movedizas—. ¿Qué pasará con él?

Soane realizó un mohín de fastidio. La sola mención de Baenese era suficiente para que la sangre empezara a hervirle.

—Frede dejará de ser mi marido dentro de diez días —apretó los puños, intentando en vano que su ira no se trasluciera—. Nuestro contrato matrimonial expirará entonces, y no pienso renovarlo —Soane mascaba el tabaco con rabia; más que saborearlo, estaba triturando la imagen mental de su cónyuge.

—¿No vas a renovarlo? El picapleitos es un buen tipo —dijo Lérad, socarrón—. Quizás lo lamente.

—Estoy segura de que se ha largado solo. Debía tener planeada su huida hace días.

—Puede que haya tenido alguna razón para actuar así —intervine, tratando de quitar hierro al asunto; pero en mi interior sabía que Baenese era plenamente capaz de dejar a Soane en la estacada, mirando únicamente por su propia conveniencia.

—Llevábamos una semana sin hablarnos —comentó ella—. Discutimos por el reparto de un dine... bueno, qué importa el motivo, discutimos. No pensaba que sería capaz de irse sin mí.

—Hasta la gente que mejor crees conocer puede sorprenderte —declaró Lérad—. De una sabandija como Frede deberías haber esperado cualquier cosa.

Soane afirmó con un leve cabeceo.

—Disculpadme.

La puerta de la cabina se deslizó silenciosamente. La mujer salió al pasillo.

—Pero ¿qué he dicho? —exclamó Lérad.

—Deja de recordarle constantemente lo mal que hizo casándose con Frede —le aconsejé.

—¿Por qué? Si es la pura verdad.

—Existe una palabra llamada tacto, cuyo significado probablemente desconoces.

Lérad mostró su habitual indiferencia hacia mis consejos. Decidí provocarle directamente:

—Ya he notado que la pelirroja te vuelve loco. Pero como te habrás dado cuenta, no eres su tipo.

—¿Soane volverme loco? ¿A mí? Vamos.

—Le has dado un puñado de tu mejor tabaco argiliano. De ese que no compartes con nadie así te cuelguen.

Había cogido a Lérad con la guardia baja. Tardó unos segundos en reaccionar, y cuando lo hizo, sus explicaciones no fueron convincentes.

El monitor de comunicaciones zumbó. Teníamos una llamada.

Se trataba de Aks Lasen, el neurólogo que estaba tratando al hermano de Soane; un cuarentón de cejas muy pobladas, profundas arrugas en la frente y nariz gruesa. Cuatro

bolígrafos de colores le asomaban del bolsillo delantero, alineados en formación cerrada. Aks Lasen no se parecía ni en la bata blanca al grasiento supervisor que nos había atendido en el hospital Tantras Nora. Sólo con mirarlo se notaba que era un verdadero profesional de la medicina que inspiraba seguridad, alguien en el que se podía confiar sin recelos.

Claro que a veces, la primera impresión resulta equivocada.

—Me alegro de que por fin Soane haya encontrado el momento para venir a Aproann —dijo Aks—. Travin me ha hablado mucho de vosotros. Lo trajisteis al hospital en vuestra nave, según me ha contado.

—Yo no recuerdo bien esa parte —reconocí—. Perdimos el conocimiento durante un ataque con radiaciones psíquicas. Soane asumió el control de la nave y, bueno, nos despertamos en el hospital.

—Tuvisteis suerte —comentó el neurólogo—. Todavía estamos tratando a pacientes que resultaron afectados durante la guerra de Telura.

Soane, que no debía estar muy lejos, regresó a la cabina al oír la voz del médico.

—Hola, Aks —saludó—. ¿Cómo se encuentra mi hermano?

—Bastante animado, desde que sabe que vienes a recogerle. Emm... quisiera pedir un favor a tus amigos.

—Tú dirás.

—Debo realizar un viaje a Tendriss, un planeta de la periferia. Al parecer, una colonia científica está teniendo problemas y nos ha pedido ayuda.

Tendriss. El mundo donde había ido Denit Garben, aquella exobióloga encantadora que realizaba esculturas sensibles en sus ratos libres.

—¿Qué clase de problemas? —saltó Lérad.

—Bueno, están escasos de suministros y se les han averiado algunos equipos. La universidad de Dricon les ha recortado el presupuesto y lo poco que tienen está muy anticuado, así que...

Pero Denit, además de exobióloga era neuróloga, recordé. Y Aks Lasen también era especialista en neurología. Curioso.

Escruté detenidamente el semblante de Aks. Su parloteo acerca de las penurias económicas de los colonos sólo trataba de encubrir el verdadero interés por su viaje a Tendriss.

—Han pedido ayuda a la fundación Apsis y les hemos conseguido algunos repuestos —decía el médico—. No todo lo que necesitan, pero confío que será suficiente.

—Aks —le interrumpí—. ¿Me permite hacer una observación?

Los surcos de su frente se contrajeron en un gesto de sorpresa.

—Por supuesto. Pero no me llames de usted. No soy tan viejo —sonrió.

—No aguanto que me mientan.

Las mejillas del médico adquirieron un rubor que le delataba.

—Hablabamos más tranquilamente cuando lleguéis al hospital —dijo, y dirigiéndose a Soane, agregó—: Travin tiene que venir con nosotros.

Cada vez comprendía menos. Y lo poco que entendía no me gustaba nada.

—Tendriss está al otro lado de la galaxia —dijo Lérad, sumando mentalmente los beneficios que esperaba conseguir—. El viaje costará mucho dinero.

—Sí, por supuesto, trataremos ese aspecto más adelante. Ahora tengo que cortar la transmisión. Encantado de conocerlos, amigos.

La pantalla de comunicaciones se apagó bruscamente. Ya me estaba pesando que Soane hubiese subido a bordo.

Nuestros ojos se volvieron hacia ella.

—No me miréis así —se defendió la mujer—. No sé por qué quiere que viajemos a Tendriss.

—Con tu hermano —subrayó Lérad.

—Sí, con mi hermano. Tal vez en Tendriss hayan descubierto un remedio a su enfermedad.

—¿En una colonia aislada de la civilización y equipada con material anticuado?

—Y por qué no. Quizás el secreto esté en el jugo de alguna planta nativa. Un elixir que...

—Ya. El jugo de una planta —Lérad echó hacia atrás el sillón de piloto y cruzó las piernas sobre el tablero de mandos—. Supongo que ése no es asunto nuestro —y recalcó—: Mientras nos paguen como es debido.

Pero Soane insistía en que Aks no había hablado previamente con ella acerca de Tendriss. Con la pelirroja era difícil saber a qué atenerse, aunque me daba la impresión de que esta vez decía la verdad.

Pregunté a la mujer si sabía lo que era la fundación Apsis. Soane nos aclaró que el médico era miembro de aquella organización, dedicada a la investigación con fines altruistas. Aks había sido admitido en la fundación tras dejar su empleo en la administración confederal, como encargado del programa de reinserción de presos comunes en Dricon. Después de haber participado en aquel proyecto, Aks había jurado que dedicaría el resto de su vida a luchar para que el programa no siguiese adelante. Se había utilizado a los presos comunes como cobayas humanos, ensayando en ellos una nueva técnica que suprimiría sus tendencias antisociales y, desgraciadamente, también algunas otras que afectaban a la personalidad del individuo. Esta técnica consistía en el implante de controladores miniaturizados en el cerebro, que descargaban sustancias químicas cuando se detectaba una actividad neurológica anormal. En un principio, estos controladores sólo eran una versión avanzada de los neuros que vendía Ludosens, con algunas funciones añadidas; pero Soane nos aseguró que las aspiraciones del gobierno iban mucho más allá. La descarga de sustancias químicas en el interior del cerebro para suprimir la agresividad no era nada nuevo; hasta los científicos precoloniales conocían esta técnica. Sin embargo, los neuros de segunda generación que tenía el gobierno actuaban en la psique de una forma más sutil. De qué modo, Soane no podía precisarlo. No era una experta, Aks sí. Tendríamos que esperar a verle si queríamos más detalles.

Empecé a dudar si nos convendría conocerlos. Cuanto más nos implicásemos con Aks, más nos tendría en sus manos.

Soane nos contó que el neurólogo había abandonado el programa de reinserción de presos. ¿No sería más bien que lo habían echado? Aks podría ser el científico bondadoso entregado a sus pacientes que Soane nos pretendía hacer creer, o por el contrario, un renegado que trabajó en los laboratorios de la Confederación mientras le convino, y que ahora, por motivos particulares, había decidido marcharse a una fundación privada donde seguramente le pagarían mejor por sus servicios. Y ¿por qué tanto interés en viajar a Tendriss? Si a Travin le quedaba poco tiempo de vida, ¿para qué llevarlo hasta ese lejano planeta aislado de la civilización, donde no podrían atenderle si su estado sufría un agravamiento?

Todas estas preguntas y muchas más giraban a mi alrededor como los moscones parlantes de Nalcros. Cada pregunta conducía a otra, y ésta a otra. Como telón de fondo, aquel encuentro con el padre Rect en el planeta Tirras, y el supuesto mensaje de Nafidias que nos pedía recoger a la criatura. Por experiencia propia sabíamos que cuando Nafidias hablaba de la criatura, se refería al simbiótico que habíamos encontrado en la bahía negra; un ser con el cual el anciano estableció una estrecha unión hasta el punto de que acabó muriendo con él, según vimos en la cripta del intercesor Rodebal. Allí encontramos el cadáver incorrupto de Nafidias, y sobre él la forma bulbosa del simbiótico; muy bien conservada, cierto, pero muerta.

Sin embargo, Rodebal y la cripta estaban aún cinco siglos en el futuro. Teóricamente, no existían todavía, aunque habíamos aprendido muy bien que el continuo espaciotemporal del futuro podía condicionar nuestro presente con efectos no siempre agradables, contraviniendo los más elementales principios de la lógica causal. La aparición de las supernovas que esos *inexistentes* intercesores del futuro provocaron en nuestro presente hace un año lo demostraba. Y por eso, a pesar de que habíamos visto a Nafidias menos charlatán que nunca en su ataúd blanco con esa asquerosa babosa reseca sobre su vientre, el tío de Soane seguía en nuestro entrañable siglo XXV tan vivo que aún se permitía incordiarlos con mensajes y acertijos.

Observé a la pelirroja de soslayo. Estaba mirando por encima del hombro el tiempo que nos faltaba para llegar a Aproann. La inocencia de su mirada era engañosa como una petunia carnívora. Si te aproximas para olerla, la petunia te arranca la nariz de un mordisco. Bueno, ya sé, reconozco que estoy siendo injusto con Soane. Quizás ella también era una víctima de las circunstancias, un peón más en la complicada partida de ajedrez que su tío jugaba, sin la menor consideración por lo que pudieran opinar las piezas al respecto.

Claro, que al jugador no le interesa en absoluto que las piezas piensen. A los dieciocho años, durante mi período obligatorio de instrucción militar, me enseñaron mediante la disciplina a no pensar. Si un soldado razona, se convierte en una pieza difícil de manejar para sus mandos. Los militares creen que cuando los soldados se ponen a discutir la orden por la que se les envía a una batalla donde probablemente perderán la vida, los peones del enemigo llegarán a nuestras líneas mientras nosotros todavía estamos cambiando impresiones con el teniente. Por eso, dicen, el ejército necesita a legiones de descerebrados capaces de morir sin pararse a reflexionar sobre lo que están haciendo. El inconveniente reside en que como los descerebrados no son muy diestros manejando armas de alta tecnología, hay que utilizar la disciplina militar para anular el pensamiento crítico del soldado, pero no sus habilidades. Travin podría contarnos mucho de eso. Él había sufrido en su propia *sien* la experiencia de llevar un neuro que le transmitía a su corteza cerebral lo que debía hacer durante el combate, anulando cualquier impulso de cobardía o indecisión.

Pero ahora los días de Travin estaban contados, si es que debíamos aceptar la palabra de Aks y Soane. Travin llevaba en la cabeza el pequeño roedor electrónico que estaba engullendo poco a poco su queso cerebral. Su destino ya no podía cambiarse. Pero el nuestro sí. No éramos peones de plástico. Y aún en el caso de que lo fuésemos, no permitiríamos que nos utilizaran sin oponer resistencia. Seríamos peones contestatarios.

Por mucho que a Nafidias le incomodase.

Las luces del hospital espacial de Aproann parecían diminutos farolillos engalanando el complejo sanitario en forma de carrusel, que giraba en órbita sincrónica alrededor del planeta. Las atracciones del interior del carrusel, sin embargo, distaban mucho de ser una diversión para los visitantes. O para sus inquilinos. El hospital se había especializado en trastornos del sistema nervioso, y el espectáculo que pudimos contemplar por los pasillos fue deprimente. Parapléjicos de mirada perdida paseándose en sillas robotizadas, pacientes incapaces de mover un solo músculo que dependían hasta para humedecer sus ojos de mecanismos que les movían las pestañas, enfermos conectados por una infinidad de tubos a sondas depuradoras de fluido, caminando resignadamente con los carros de soporte vital a su lado, en fin, para qué contarles; y eso sólo en los pabellones de aquellos que aún conservaban la razón. El panorama era todavía peor en los niveles donde se trataba a los individuos esquizoides, paranoicos y una variada flora de dementes con una idea fija cuando se levantaban de la cama: abrir una brecha en el casco y provocar la destrucción del hospital por descompresión.

Soane se apresuró a asegurarnos que su hermano no estaba incluido en aquellos pabellones. Para qué decirles que la palabra de Soane era tan fiable como la falsa moneda. Y hablando de moneda falsa, no habíamos comprobado que los cincuenta mil argéntales de la pelirroja eran auténticos. Nos los había entregado con demasiada facilidad, y viniendo de quien venían, era una imprudencia haberlos aceptado sin tomar las más elementales precauciones.

Tomé nota mentalmente de que debíamos pasar los billetes por nuestro detector en cuanto volviésemos a *Poderosa*.

—¿Te ocurre algo, Mel?

Soane me observaba, suspicaz.

—Pensaba en el error que cometerías si trataras de engañarnos.

La mujer dio un respingo.

—No sé por qué habría de engañaros —dijo.

—Lo último que desearía es que un neurótico hiciese una brecha en el casco de mi carguero.

—Mi hermano no es un neurótico. Está enfermo, pero no loco.

Llegamos a la oficina del doctor Aks Lasen. El médico nos ofreció una taza de café y se deshizo en amabilidades; pero su falta de sinceridad era evidente, y para su desgracia, no sabía disimularla.

—¿Qué le ocurre realmente a Travin? —le espeté directamente. No iba a andarme con paños calientes con él.

—¿Acaso no os lo ha contado Soane?

—No con el detalle suficiente.

—Les he hablado de tu antiguo trabajo en el programa de su reinserción de presos —le avisó Soane.

Aks entrelazó las manos, meditando la mejor forma de explicarnos la situación de un modo comprensible para profanos.

—Cuando Travin ingresó en prisión, se le integró en ese programa —dijo—. Yo estaba al cargo de él.

—¿Del programa, o de Travin?

—De los dos. Simpatiqué muy pronto con el hermano de Soane. Compartíamos algunos gustos en común, como la afición por los juegos. Travin me cayó bien desde el principio.

—Y ese programa, ¿en qué consistía?

—Querrás decir en qué consiste, porque todavía sigue en marcha. Se utilizan neuros de segunda generación para reinsertar a los delincuentes; nosotros los llamamos *reinsertores*, unos aparatos minúsculos que se introducen en la corteza cerebral para regular los procesos mentales superiores del individuo y suprimir sus tendencias agresivas.

—¿Eso es bueno o malo? —Lérad alzó una ceja, escéptico.

—Es la peor amenaza para la libertad del individuo que se haya creado jamás.

Aks pronunció estas palabras con absoluta contundencia. No dejaba lugar a dudas de que estaba convencido de lo que decía. Pero sabida es la tendencia de los científicos a exagerarlo todo.

—No lo entiendo —reconoció Lérad—. Se supone que ese programa persigue recuperar a delincuentes.

—Ésa es la finalidad confesada, en efecto. Por tal motivo participé en el proyecto.

—Hasta que te diste cuenta de que había algo más —apunté.

Aks asintió.

—Una buena política criminal debe basarse en la prevención del delito, no en la represión. Con los reinsertores se trata de anular las conductas antisociales de los individuos. La meta del programa es conseguir erradicar por completo el delito de nuestra sociedad. No más asesinatos; se acabaron los robos, las violaciones, los secuestros, el terrorismo. Esto pasaría a la historia. Los reinsertores serían el inicio de una nueva era para la humanidad, comparable a la que supuso la expansión colonial tras el invento de los generadores cuánticos.

—Pero tú abandonaste el programa.

—Sí, en cuanto descubrí que la verdadera finalidad de los reinsertores es controlar al ser humano. Se ha planeado su implantación en un plazo de diez años a todos los ciudadanos de la Confederación. En una primera fase sólo afectará a los que cometan delitos; luego, a los autores de faltas leves, como infracciones de tráfico, retrasos en presentar declaraciones de impuestos y cosas así. Tarde o temprano, todos tendremos que pasar por las clínicas de reinserción.

Aks nos explicó que los neuros de segunda generación eran capaces de procesar las señales nerviosas que circulaban por las neuronas. De momento, sólo interpretaban sensaciones e impulsos electroquímicos, pero no tendrían que pasar muchos años para que los reinsertores pudiesen entender el pensamiento humano. Para agravar el cuadro que Aks nos vaticinaba, las investigaciones en el campo de los neuros habían dado un paso de gigante con la irrupción de La Eternidad. Muchos de sus científicos se habían puesto a

trabajar para la Confederación, y todas las ramas de la ciencia se habían beneficiado del impulso que la ciencia del futuro estaba dando a nuestro presente.

De los neuros, unos estimulantes cerebrales aparecidos hace poco más de un año para proporcionar placer, se había pasado a sofisticados reinsertores que en un futuro cercano serían capaces de procesar todos los pensamientos que circulan por la cabeza de un ser humano. Y, claro está, sería tremendamente fácil que esos reinsertores radiasen la información procesada a ordenadores externos, que transmitirían a las autoridades incluso las ideas más privadas del individuo. ¿Qué ocurriría con la libertad, con el derecho a la intimidad? Aks tenía motivos para estar preocupado. Los reinsertores acabarían con el ser humano, al poner sus pensamientos al alcance del gobierno. Con el señuelo de que sólo se trataba de rehabilitar a los delincuentes, los reinsertores se irían implantando paulatinamente en sectores cada vez más extensos de la población. Quizás se lograra suprimir el delito, pero también se aboliría uno de los derechos más sagrados del hombre: la intimidad de su conciencia. Un precio demasiado caro.

—Podéis suponer lo que un dictador haría con esa información —continuaba Aks—. Eliminaría a todos aquellos que no le fuesen fieles. Sería imposible traicionarle, ya que el reinsertor le abriría la mente de cualquier ciudadano. Un programa informático podría incluso sancionar automáticamente a aquéllos cuyas ideas no se ajustasen a la doctrina oficial. Nadie podría escapar a la policía, porque el reinsertor paralizaría el sistema nervioso con una microdescarga eléctrica en el encéfalo, al detectar el pensamiento de huida. Las prisiones ya no serían necesarias: cada ciudadano llevaría en el cerebro los barrotes de su propia celda.

—No seas grandilocuente —dijo Lérad—. Estás aventurando demasiado.

—Ojalá tuvieses razón. Pero si algo me ha enseñado la experiencia es que, dado un cúmulo de probabilidades de que un suceso ocurra, la alternativa más desgraciada suele ser la que al final acontece.

—Ésa es una forma un tanto retorcida de pensar —alegué—. Sólo los pesimistas hablan así.

—Existen modelos matemáticos que avalan esta teoría. Se basan en la dinámica molecular y la tendencia organizada al desorden. La naturaleza es retorcida, Meldivén.

—¿Tendencia organizada al desorden? —sonreí—. ¿Cómo puede el desorden ser organizado?

—Hasta en el caos puede haber planificación.

—Nosotros hemos viajado al futuro —dijo Lérad—. Sabemos que la tecnología de los neuros no evolucionará hasta los extremos que tú temes.

—Y precisamente porque habéis viajado al futuro sabéis mejor que yo que el mañana puede cambiarse —replicó Aks—. En realidad, alguien ya se ha decidido a cambiarlo.

El médico se retiró para coger de un archivador el historial médico de Travin.

—¿Quién se ha decidido a cambiarlo? —quise saber.

—Eos Biln. Bueno, no sólo él. Le apoya un consorcio de empresas.

—El consorcio Doralus.

—Veo que habéis oído hablar de él.

Conocíamos a Doralus lo suficiente para saber que era el tipo de persona que estaría encantada de agujerear el tiempo hasta que las estrellas se cayesen de sus órbitas, con tal de engordar su bolsillo. Su colaboración con Eos Biln convertía aquella peculiar pareja en una asociación explosiva.

—Sólo hemos oído rumores de que Doralus está utilizando la información que posee del futuro para reforzar su imperio comercial —aclaré.

—Eso no le conferirá el dominio absoluto —dijo Aks—. Él lo sabe, y el ex presidente Biln también.

—Depende de lo que entiendas por dominio absoluto.

—El dominio absoluto es el poder absoluto sobre personas y cosas. Sobre *todo*. ¿Entiendes, Meldivén? Tener el universo en la palma de tus manos y hacer con él lo que te venga en gana. Biln y Doralus están buscando cómo conseguir ese dominio desde que el ex presidente salió de la cárcel hace diez meses. Y están a punto de...

Una enfermera entró en la consulta.

—Doctor Lasen, el material que solicitó ya está listo para su embarque en la plataforma siete.

Aks había ordenado que se llevase el cargamento solicitado por la colonia de Tendriss a la plataforma donde habíamos aterrizado. El médico parecía tener bastante prisa en embarcarlo en nuestras bodegas.

—Gracias. ¿Tiene hecho el equipaje nuestro paciente de honor?

—Sí. Todavía está en su habitación, despidiéndose de sus amigos —la enfermera le entregó un impreso—. Aquí tiene el parte de alta médica.

Aks lo firmó apresuradamente, sin leerlo.

—Tenga, y déle también el historial al jefe de planta. Yo me he quedado una copia. A partir de ahora, Travin queda bajo mi exclusiva responsabilidad.

La enfermera iba a cerrar la puerta cuando a mí se me ocurrió hacer una observación inocente:

—Es una pena que un hombre joven como Travin vaya a morir tan pronto.

—¿Cómo dice? —exclamó la enfermera.

—El jefe de planta está esperando ese expediente —cortó Aks—. Dese prisa.

La enfermera asintió nerviosamente y cerró la puerta. Aks me dirigió una mirada de desconfianza.

—Es hora de que vayamos a ver a Travin —dijo.

Tres enfermos compartían la habitación con el hermano de Soane. A nuestra llegada, los encontramos a todos sentados alrededor de una mesa circular cubierta con un tapete verde, jugando a las cartas. Un celador se había unido a la timba, y por su rostro sonriente y el abultado montón de fichas que había reunido, estaba ganando.

—Tus amigos han llegado —dijo el celador, al vernos pasar—. Te echaré de menos, Travin. Y especialmente, echaré de menos tu dinero.

—Lo mismo digo —respondió Travin—. Encantado de haberos conocido. Espero que algún día volvamos a vernos —carraspeó—. Quiero decir, en la otra vida.

Para ser un enfermo al que le quedaban pocos días, lo sabía llevar con bastante filosofía.

—Cuide de él, doctor Lasen —dijo el celador—. Ya hemos bajado sus cosas a la plataforma siete. ¿Desea algo más?

—Nada, gracias.

Eché un vistazo a los demás pacientes. En general, de ninguno podía asegurarse que se fuese a morir a corto plazo. Claro que, dado que yo no era un experto en neurología, tampoco tenía derecho a opinar sobre ese tema. Quizás las venas de sus cerebros eran tan frágiles que la más pequeña descompensación les produciría un derrame. Externamente parecían gozar de salud, pero eso no quitaba para que las arterias que les irrigaban las ideas estuviesen tan atascadas como una autopista en hora punta.

—Me alegro de verte, hermana —Travin abrazó a Soane—. ¿Y Frede?

—No sé dónde está —contestó la mujer—. Y por su propio bien, mejor que siga sin saberlo.

—Os han descubierto, ¿verdad?

—Algo pasamos por alto, todavía no estoy segura de qué. Gracias a Mel y Lérad, he podido huir de Nalcros antes de que llegaran los inspectores de la Confederación.

—Tal vez alguien de vuestro equipo os traicionó.

—No me extrañaría.

—Muy bien —dijo Aks—. Si todo está arreglado, creo que ya es hora de irnos.

Lérad le recordó que todavía no habíamos tratado el importantísimo detalle de nuestros honorarios por realizar el viaje. Tendriss se encontraba en una de las regiones más alejadas de la periferia galáctica. En el curso del viaje nos topáramos con numerosos objetos masivos que harían dificultosa la navegación hiperespacial. Lérad fue enumerando una larga lista de inconvenientes para justificar la suma que habíamos acordado exigirle.

—¿Doscientos mil serán suficientes? —ofreció Aks, de improviso.

Lérad entreabrió los labios. Había pensado en la mitad de esa cifra.

—Nos vendrá un poco justo, la verdad —mintió, tratando de sacar más.

—No abuséis de nuestra generosidad. Sé perfectamente lo que cuesta un viaje a Tendriss.

—Y si eres tan listo, ¿por qué no contratas otro carguero? Trescientos mil. Ése es nuestro precio.

Aks frunció el ceño. La avidez de mi socio iba a dar al traste con la operación.

—Cien mil ahora, y el resto a nuestro regreso.

—Trato hecho —Lérad selló el acuerdo con un apretón de manos, respirando de alivio para sus adentros.

Nos dirigimos al ascensor. Aks se dio cuenta de que le miraba fijamente.

—¿Qué te sucede? —me interrogó—. ¿Acaso no te parece suficiente?

—Más que eso —repliqué—. Me preguntaba por qué nos has elegido para este viaje.

—Bueno, sois amigos de Soane. Y Travin confía en vosotros.

—Cualquier otro carguero os habría llevado a Tendriss por la mitad de lo que vais a pagar.

Aks meditó su respuesta unos instantes. No quería cometer una indiscreción que pusiese al descubierto sus intenciones.

—Como tu socio Lérad ha dicho, el viaje a Tendriss requiere pilotos con experiencia. No deseo acabar mis días en el corazón de una gigante roja por culpa de un par de jovencuelos que no saben conducir su nave, aunque me ahorrase dinero.

No era una respuesta muy convincente, y Aks tampoco se había esforzado demasiado en que lo fuese. En fin, supongo que los trescientos mil pavos que pagaría le daban derecho a hacer gala de aquella descarada falta de sinceridad.

Llegamos a la plataforma siete. El equipo se encontraba embalado y apilado, junto a la escotilla de estribor de *Poderosa*, listo para su embarque.

—Todavía somos un par de jovencuelos, así que no te fíes —bromeó Lérad—. Los treinta es la mejor etapa de la vida.

Abrimos la escotilla. Las cintas transportadoras y los robots subieron los equipos —que en conjunto no pesaban media tonelada— a bordo. Trescientos mil argentales por un cargamento de quinientos kilos. Ni que esos embalajes contuviesen efridio.

—¿Podemos ver nuestros camarotes? —dijo Aks, cogiendo las dos maletas de su equipaje.

—Soane, Travin y tú dormiréis en la misma habitación —le informé—. Ésta es una nave mercante. Las bodegas no están acondicionadas para albergar pasajeros, y el espacio habitable es escaso.

—Bueno, no importa. Mis exigencias de comodidad también son escasas.

Cuando Aks vio que dormiría en la cama más alta de una estrecha litera de tres pisos, se arrepintió inmediatamente de su modestas necesidades. Con un gruñido, abrió la maleta y se dispuso a colocar la ropa en el armario.

—Ya te advertí que no nos sobra espacio —le dije.

Aks forcejeó con las perchas magnéticas, tratando de introducir todo su vestuario en las reducidas dimensiones del ropero.

—Por cierto, déjales a Soane y a Travin un poco de sitio. Este armario es para los tres.

—Ya te he dicho que no...buff —Aks desprendió una de las perchas, que se había quedado atascada—...soy exigente —suspiró—. Además, el viaje a Tendriss no durará mucho.

—Cuatro o cinco días, a menos que surjan dificultades.

Aks apartó su atención de las díscolas perchas. Sujetaba unos pantalones horribles de metilana, con bolsillos cubriéndoles las perneras.

—¿Qué clase de dificultades? —inquirió.

—Bueno, en un viaje de estas características, nunca se sabe. El tejido del espacio no es homogéneo. En él hay, em, bolsas. Como en esos pantalones tan originales.

—No sé qué tienen de malo. A mí me gustan.

—Pues en el espacio profundo las bolsas sólo dan problemas. Existen depresiones gravitatorias, turbulencias gaseosas y objetos estelares masivos que entorpecen la navegación. En un viaje como el que vamos a iniciar, será normal que nos encontremos con problemas de este tipo. Probablemente no llegaremos a Apsis antes de una semana.

—Demasiado tiempo —Aks negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Tan vitales son los equipos para la colonia de Tendriss?

El médico plegó los pantalones y, después de buscar sin éxito un emplazamiento mejor, los colocó encima del armario.

—Meldivén, la vida de los científicos de la colonia está en peligro.

Efecto Lucifer. 318 páginas

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniosuarez.es>